JUAN BOLEA

PARECIDO A UN ASESINATO

A veces, los demonios familiares se alían con el demonio que llevamos dentro para propiciar el desastre. Y entonces...

mr

JUAN BOLEA

PARECIDO A UN ASESINATO

mr

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© 2014, Juan Bolea
© 2014, Ediciones Planeta Madrid, S. A.
Ediciones Martínez Roca es un sello editorial de Ediciones Planeta Madrid, S. A.
C/ Josefa Valcárcel, 42. 28027 Madrid
www.mrediciones.com
www.planetadelibros.com
Primera edición: Enero de 2015
ISBN: 978-84-270-4152-3
Depósito legal: B. 26.468-2014
Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.
Impresión: Huertas, S. A.

Impreso en España-Printed in Spain

Aquella mañana de noviembre, Gijón, la ciudad natal de Eva, amaneció bajo nubarrones que presagiaban lluvia.

A Eva le gustaba madrugar. Como cada día, se había dirigido temprano a su galería de arte, situada junto a la playa de San Lorenzo, en el casco histórico de la ciudad.

Eran las nueve. La secretaria, Rosa, acababa de abrir. Eva se puso a trabajar en el silencio de la planta alta. A eso de las diez, sonó la campanilla de la puerta de la calle. Era Margarita Leal, su técnico de exposiciones.

Margarita llevaba años trabajando en la Galería Enciso. Eva, su nueva propietaria, mucho menos. Muy poco, en realidad. Se había incorporado a la dirección tras la muerte de su padre, el pintor Pedro Enciso. De su fallecimiento, a causa de un derrame cerebral, habían transcurrido tres meses, tiempo insuficiente para que Eva hubiese aprendido los secretos de un negocio tan sofisticado como la venta de arte.

Margarita la saludó cordialmente desde el vestíbulo.

—¡Buenos días!

Eva no le devolvió el saludo. Se sentía molesta con ella. ¿Por qué motivo su empleada tenía que llegar tarde?

Falta de experiencia y tímida en el trato con el público, Eva tenía la sospecha de que Margarita disfrutaba

mostrándose más expansiva a medida que ella, desconocedora de los entresijos del mundillo artístico, evitaba relacionarse con los creadores y se encerraba en su despacho para ocuparse de las facturas, muchas de las cuales procedían de la etapa de su padre, quien, más artista que gestor, había legado a su única hija y heredera no pocos problemas financieros.

—¡Enseguida subo a verla! —exclamó Margarita, anunciando—: ¡Con novedades!

«A ver qué excusa se le ocurre», pensó Eva.

Desde el primer día, ella había ocupado su despacho a las nueve en punto de la mañana. Puntual como el telediario, decía su marido, Nazario Goyena, como el panadero que dos horas antes, a la siete, les dejaba una hogaza y una *baguette* para los bocadillos de su hijo Alex en el portón de Villa Mariana, su casa en las afueras de Gijón.

Pero Margarita, con el argumento de que sus jornadas solían alargarse por las tardes con presentaciones y actos, casi nunca aparecía en la galería antes de las diez de la mañana. Eva pensaba que se tomaba excesivas libertades, ¡todas las que le daba la gana! Con los clientes, desde luego, pero también con ella... Licencias que, siendo Eva la propietaria, podrían hacer pensar a ojos ajenos que el negocio pertenecía o se asociaba a la señorita Leal.

Tan fuerte en otros aspectos, Eva se mostraba débil en el ejercicio del mando, en especial cuando debía ejercerlo sobre otra mujer.

En la galería gobernaba a tres. Rosa, la secretaria, muy sumisa, y Angelina, la limpiadora, no le daban el menor problema.

Margarita...

Eva tenía la impresión de que no respetaba su autoridad. ¿Se estaría obsesionando? No hasta ese extremo, aunque había llegado a soñar con ella. En esas pesadillas —pues lo eran—, su colaboradora solía representar papeles de mujer seductora, mientras Eva aparecía vestida con ropas oscuras, encarnando roles inquisidores de bruja o madrastra. Este último, por lo que de connotación familiar tenía (Eva era madrastra de un niño, Alex), le hacía despertarse bañada en sudor frío.

Además de resuelta, Margarita era ambiciosa. Eva experimentaba hacia ella una mezcla de admiración, recelo y envidia. Contradictorios sentimientos que se esforzaba en ocultar tras una fachada de indiferencia. Respecto a este asunto, no había permanecido inactiva. Una de sus primeras medidas había consistido en rebajarla de directora de arte a coordinadora de actividades. Margarita había manifestado su desacuerdo guardando un expresivo silencio que congeló su relación. Sin saberlo Eva, tanteó a otros galeristas. Estaban agobiados por la crisis y Margarita no obtuvo ofertas, por lo que no le quedó más remedio que resignarse a continuar en la Galería Enciso.

Hacía un trimestre que Eva y ella trabajaban juntas. Se veían a diario, hablaban o se comunicaban por teléfono, pero no por eso había surgido entre ellas un sentimiento de amistad. ¡Eran tan distintas! Difícilmente se habría podido reunir a dos mujeres con puntos de vista tan diferentes. Eva, autoritaria, introvertida. Margarita, alegre, mundana.

—¿Puedo pasar?

Margarita acababa de subir las escaleras hasta la puerta del despacho de gerencia, el mismo que en vida había ocupado el padre de Eva.

Ésta expresó gélidamente su permiso:

—Entre.

Haciendo sonar sus tacones, Margarita avanzó con desenvoltura por el suelo de baldosas recién fregadas, de las que emanaba un ácido olor a lejía. Sin que Eva la hubiese invitado, tomó asiento frente a ella con la espalda muy recta. Se había recogido el cabello. Sus rasgos, con los pómulos marcados, irradiaban determinación y una altiva belleza. Llevaba una chaqueta de cuero, una blusa de seda y una falda que mereció la censura de Eva. Pero era atractiva, muy atractiva. Cuando Margarita empezó a hablar, Eva la siguió criticando mentalmente: «Es la típica hembra que nunca pasa desapercibida. Su cuerpo actúa como una bandera para captar la atención».

De hecho, Margarita tenía mucho éxito con el sexo opuesto. Sus admiradores no se reprimían a la hora de visitarla en la galería. Desde su despacho, Eva podía oír —«¡En horario laboral!»— cómo alzaban las voces, reían y seguramente harían planes que nada tendrían que ver con la venta de piezas artísticas.

—¿Se da cuenta de la hora que es? —le imputó Eva con alacridad—. Un poco tarde para presentarse en la oficina, ¿no?

Margarita no miró su reloj de pulsera ni dejó de sonreír.

—¿Me he retrasado? ¡Cuánto lo siento! Había quedado con Antonio Cucha, de la Diputación. ¿No se lo dije?

—No.

—Juraría que... No me lo tenga en cuenta, por favor. ¡Traigo buenas noticias!

—¿Cuáles?

—La entrevista con Cucha ha ido genial. La Diputación nos patrocinará la exposición de Rodolfo Lansera.

Eva aplicó unos golpecitos en la mesa con el cabo del lápiz.

—¿De qué cantidad estamos hablando?

—Exactamente, no...

—¿Ni siquiera sabe a cuánto asciende el patrocinio?

Margarita consultó nerviosamente sus notas.

—Enmarcarán las piezas y editarán el catálogo. Eso nos supondrá un ahorro de...

—Cinco mil euros —tasó Eva al segundo. La contabilidad le resultaba más familiar que la estética del arte—. La felicito —añadió, ruborizándose porque no era sincera.

—Muchas gracias —repuso Margarita, poco o nada persuadida de su sinceridad—. ¿Confirmamos las fechas para la exposición de Lansera, entonces? Podríamos inaugurar en febrero, si no tiene otros compromisos.

Eva revisó su agenda, vacía de toda cita social, salvo de las celebraciones literarias a que le arrastraba su marido. Asintió. Margarita anotó la fecha en su dietario y comentó:

—Hay un problema.

—¿Cuál?

—Lansera está en una silla de ruedas.

—No lo sabía. ¿Qué le pasa?

—La edad, eso es lo que le ha pasado —sonrió Margarita desde la juventud de sus treinta y cinco años.

«Diez menos que yo», recordó Eva, con una punzada similar a los celos. Pero ¿cómo podía estar celosa de la supuesta examante de su padre, no contándose ya él entre los vivos? Sepultó esa reacción en el pozo de su rencor y dispuso con autoridad:

—Con o sin silla de ruedas, Lansera deberá acudir a mi galería. Una inauguración nunca luce sin la presencia del artista. Es preferible no hacerla.

Margarita la miró con un vago temor, el que le inspiraban los modos autoritarios y la intransigencia de su jefa.

—Hablaré con los familiares. ¿Sabe? A su padre le habría complacido organizar esta retrospectiva. Rodolfo y él fueron muy amigos.

—Lo sé.

—Pedro siempre decía que si «el gran Lansera», como él lo llamaba, hubiese disfrutado de una adecuada promoción, la valoración de su obra habría sido mucho mayor.

—También lo sé —dio por sentado Eva.

No le gustaba que Margarita mencionara a su padre con tanta frecuencia ni que le llamase «Pedro» con semejante familiaridad. Eva se había resistido a dar crédito a los rumores que les relacionaban en un plano más íntimo. Las habladurías de los corrillos culturales de Gijón no probaban nada, por supuesto, pero ¿y esa foto de su padre que seguía colgando en el despacho de Margarita? ¿Significaba algo más que un indicio, que una simple manifestación de amistad?

Por otro lado, la propia Eva había sido testigo de la complicidad entre ambos. No era raro que, al cerrar la galería, Margarita y su padre saliesen a tomar unas sidras por Cimadevilla ni que, cuando había que desplazarse a otras ciudades, la entonces directora artística acompañara a Pedro Enciso en viajes calificados «de trabajo».

Margarita todavía permaneció unos minutos más en el despacho de Eva, exponiendo proyectos pendientes.

El segundo semestre del año entrante estaba por completarse. Más que preguntarle, Eva interrogó a Margarita por la previsión de sus «actividades». Su subalterna le propuso montar una exposición de Iñaki Urrutia, un ar-

tista vasco cuyo trabajo le había impresionado. Mostró a Eva fotografías de sus esculturas y le pidió autorización para negociar una muestra. Eva lo condicionó a que no firmara nada sin su expreso consentimiento.

—¿Ha terminado? Discúlpeme, tengo otro asunto.

Margarita salió de su despacho abandonando un aroma a limón. Abusaba de esa fragancia, que podía rastrearse por cada rincón de la galería.

Eva aborrecía su perfume. Con la excusa de que el local carecía de ventanas y de que algunos artistas fumaban, había ordenado a Angelina utilizar con generosidad el ambientador.

«Hasta que desaparezcan por completo los malos olores», le seguía insistiendo casi a diario, pensando no tanto en el humo del tabaco o en el tufillo a cloaca que, coincidiendo con la pleamar, soltaban las tuberías, como en la provocativa fragancia a limones salvajes de su joven, guapa y, según le aseguraban comisarios y críticos de arte, competente «coordinadora de actividades».

Eva había decidido que muy pronto dejaría de serlo.

Para librarse de Margarita Leal sólo tenía que encontrar el motivo.

Sonó el teléfono. Eva se sobresaltó al oírlo. Soltó el lápiz y fue a coger el auricular, pero se le cayó al suelo.

—¿Qué ruido es ése, cariño? —exclamó Nazario, su marido, que era quien la llamaba—. ¿Estás bien?

—Sí, perdona... Se me ha caído el teléfono. No se ha roto... ¡Llevo un día!

—¿Por qué? ¿Ha pasado algo malo?

—Tengo una jaqueca horrible.

—¿Por culpa de algún disgusto?

—No lo sé, Naza. Será el trabajo. O la falta de trabajo. No se vende nada. ¡No valgo para esto!

—Eso no es verdad, cielo —la animó él—. Eres una mujer competente. ¡Deja de mortificarte con las ventas! Tú no tienes la culpa de la crisis. Todos estamos igual. ¡Fíjate en mí!

Una montaña de negatividad aplastaba a Eva.

—Tengo la sensación de estar haciéndolo fatal. Si mi padre se levantara de su tumba y viera como llevo la galería... Estoy cansada, irritada... Últimamente, ni yo me aguanto... ¡Acabarás aborreciéndome!

—Deja de decir tonterías. —Más risueñamente, Nazario añadió—: De mí, no sé, pero del destino no tienes nada que temer.

—¿Por qué lo dices?

—Estás protegida. A cubierto de todo riesgo. A salvo.

—No te entiendo, Naza.

—Las divinidades africanas velan por ti.

—¡Se te ocurren unas cosas! ¿Se trata de alguna adivinanza?

Él soltó su típica risa, como un sonajero con cucharillas de postre golpeando entre sí.

—Me refería a nuestro fetiche. ¿Sigue ahí?

Eva giró el torso hacia la estantería. Sus delgados labios se plegaron en algo parecido a una sonrisa.

—Aquí sigue.

El idolillo estaba en la balda superior, apoyado contra un tomo de la *Historia del Arte,* de Gombrich. Lo habían comprado por unos pocos dólares en un poblado masai durante un reciente viaje a Kenia. A su regreso a Gijón, Nazario propuso a Eva colocar la estatuilla en su despacho, para que le diese suerte y la exorcizara —se había chanceado— de «los diablos del arte».

—Hazme un favor —le rogó Nazario—. Eleva tu autoestima. ¡Arriba! Tienes mil motivos para sentirte satisfecha.

—Dime uno. Sólo uno.

—Podría citarte un millón.

—¿No eran mil?

—¡Millones! Pero, como los mandamientos, se resumen en dos.

—¿Y son?

—Primero: estamos juntos. Segundo: sigues siendo la misma maravillosa mujer que conocí hará... ¿dos años?

Eva debía de llevar al día el calendario de su relación, pues precisó:

—Dos años, dos meses y puede que dos semanas.

—¡No es posible! Odio las frases hechas, pero parece que fue ayer...

—El tiempo corre.

—¡Implacable Cronos!

—¡Dímelo a mí! Dentro de nada me caerán cuarenta y seis años. Falta poco para que me convierta en una viejecita arrugada y gruñona. ¿Qué harás entonces, Naza? ¿Me dejarás por una chica más joven, como suelen hacer los artistas?

Su marido encadenó otra de sus risillas.

—No conseguirás librarte tan fácilmente de mí. Siempre cumplo mis promesas, incluido el juramento matrimonial.

El verbo «cumplir» despertó en Eva un recordatorio.

—Un momento, Naza... ¿No es hoy tu cumpleaños?

—¡No fastidies! —Eva intuyó que Nazario lo sabía, pero que fingía ignorarlo para no reprocharle su olvido—. ¿Estás segura?

—¿No es 4 de noviembre? ¡Tu cumpleaños, Naza! ¿Cómo he podido olvidarme?

—No tiene la menor importancia, cariño. Ya ves la que le concedo yo.

—¡Organizaremos una fiesta! Llama a los Temprano, a los Domínguez... Espera, déjalo... No te corresponde organizarla a ti. Yo misma me encargaré... ¿A qué hora les cito? ¿A partir de las nueve, para que nos dé tiempo a prepararlo todo?

—Insisto, Eva: no es necesario.

—Celebraremos tu cumpleaños, Naza. ¡No se hable más!

—Gracias, cariño. Sé que lo haces de corazón y lo valoro... Cambiando de tema, hay otro asunto del que quería hablarte...

Nazario se interrumpió, como si vacilase. Eva tuvo un mal presentimiento.

—¿Qué ocurre?

—Se trata de Alex. Estoy inquieto por él.

Se estaba refiriendo a Alexis, fruto de su matrimonio anterior con una mujer rusa, Dafne Velogurov, una modelo de alta costura con la que Nazario había estado casado años atrás. En septiembre, Alexis había cumplido quince años. Para unas cosas iba muy adelantado, pero aún tenía un lado infantil. A partir de su enlace con Nazario, Eva se había esforzado por recibirle no como a un hijastro, término que aborrecía, sino como a un hijo propio. Alex no era ni mucho menos un niño fácil, pero Eva sentía un ilimitado afecto hacia él, una cálida corriente de ternura que en nada, quería pensar, se diferenciaba del vínculo maternal genético.

—¿Qué le pasa a Alex? —preguntó alarmada.

—Nada grave —la tranquilizó su marido; pero acto seguido añadió—: Espero.

—¡Dime de una vez qué le sucede, por el amor de Dios! —le apremió Eva.

—Sólo sé que desde el comienzo del curso el niño se muestra ausente. Como si estuviera en otro planeta. ¿No te has dado cuenta? ¡Forzosamente has tenido que notarlo!

—¡Deja de llamarle «niño», Naza! Alex es un adolescente en toda regla, y antes de que nos hayamos dado cuenta se habrá convertido en un hombre. Recuerda lo que nos dijo su tutor.

—¿Qué nos dijo?

—Que puede padecer un déficit de atención.

—Para añadir de inmediato que era el niño más inteligente de la clase —agregó Nazario con orgullo paterno.

—¿No acabo de decirte que no le llames «niño»?

—No seas tan rigurosa, Eva. Y tampoco vayas a creer todo lo que digan los profesores. Alex no padece déficit alguno. A las cosas que le interesan sí les presta la debida atención. No obstante, está como ido... Puede que sean trastornos hormonales, no sé... El caso es que se muestra errático... ¿Te has fijado en su modo de comer? ¡O no prueba bocado o se atraca a deshoras!

Eva había sido testigo de esos desarreglos alimenticios, pero los había venido atribuyendo a los cambios provocados por el desarrollo físico de Alex. En los últimos meses había engordado unos cuantos kilos y crecido varios centímetros. Su rostro, sin embargo, seguía siendo el de ese niño que su padre parecía querer conservar siempre.

—Dirás que soy aprensivo, pero creo que algo no marcha bien —subrayó Nazario.

—¿Me estás ocultando algo? ¿Alex no habrá vuelto a manifestar síntomas de...?

Eva no concluyó la frase. Se calló de golpe, como si temiese decir alguna imprudencia. Al otro lado del hilo, la respuesta de su marido volvió a demorarse. Nazario era premioso, lo que impacientaba a Eva.

—Creo que se trata de su... cabeza —dijo él—. ¿Y si estuviera generando algún tipo de anomalía?

—¿De qué estás hablando, Naza? ¿Qué clase de anomalía? —Ahora, Eva se decidió a ponerle nombre—. ¿La de ese estrés postraumático? ¿Es que va a seguir padeciéndolo toda su vida?

—Una depresión, quizás —se dispersó Nazario—. ¡Ojalá me equivoque!

—No es un tema para hablarlo por teléfono, Naza. Continuaremos en casa. ¡Pobrecito Alex, tengo ganas de verle! ¿Irás a buscarle al colegio?

—Tenía partido de baloncesto y una merienda. El padre de los Ramos nos lo traerá a casa a las diez de la noche. ¿Te veré luego?

—Calculo que llegaré sobre las cinco. Tendré que ir a comprar para la cena.

—Gracias por ocuparte de mi fiesta de cumpleaños, Eva. Has conseguido emocionarme.

—No es nada difícil, Naza. Eres un sentimental.

—Por eso lo que escribo hace llorar —se burló él, no sin un amargo deje derivado del mal momento por el que atravesaban sus actividades literarias.

—No estoy de acuerdo. Me encanta lo que haces.

—Ojalá los editores pensasen como tú. Con uno solo, bastaría.

—Lo encontrarás, seguro. Y ese afortunado editor se dará con un canto en los dientes por haberte encontrado a ti.

Nazario le envió un beso.

—Gracias por tu apoyo, cielo.

—Otro para ti —le correspondió ella.